



Un empeño de los padres: FOMENTO DE CENTROS DE ENSEÑANZA

Conferencia inaugural de don Antonio Vázquez,
Director General de Fomento

Resulta muy difícil sintetizar en los límites de una conferencia los orígenes y desarrollo de una realidad tan amplia como Fomento de Centros de Enseñanza. Por otra parte, su pequeña historia está tan unida a la peripecia de muchas vidas, que cualquier simplificación será siempre superficial y anecdótica, pues dejará en la sombra el quehacer diario de tantos desvelos, ilusiones y contradicciones que han ido entretejiendo la tarea de estos años.

No se puede entender Fomento, ni cada uno de los colegios por separado, sin la participación activa y sostenida de los padres

«Participación», palabra, como otras muchas, desgastada por el mal uso: ¿Es participación que un padre visite 30 solares antes de encontrar el más barato, cercano, soleado y de acuerdo con la ordenación urbana?

¿Es participación revisar unos planos, haciéndoles rectificar cuantas veces fuera preciso porque junto a la funcionalidad necesaria tenían que responder a una ambientación grata que hiciera amable la convivencia?

¿Es participación avalar con su patrimonio familiar una aventura finan-



ciera donde por su propia esencia sólo se estaría a las pérdidas?

Déjenme ustedes que les diga que, a mí entender, el verbo crear es el que —salvando las distancias— más se aproxima a la acción que tantas familias han llevado a cabo. Nuestros colegios sólo se explican por el esfuerzo solidario de miles de padres de familia conscientes de su derecho irrenunciable sobre la educación de sus hijos y de su deber como primeros educadores. Ese derecho-deber no era sólo para enunciarlo, sino para vivirlo y materializarlo.

Cuando en 1963 un grupo de padres iniciamos los primeros colegios de Fomento, no queríamos nada más... —y nada menos— que establecer unos centros donde nuestros hijos

recibieran un tipo de educación coherente y armónico con los valores que nos esforzábamos por vivir en nuestra vida personal y familiar.

El colegio, prolongación de nuestro hogar

Con este objetivo, bien claro, comenzamos a contagiar nuestro entusiasmo a miles de familias, que ahora están tomando el relevo.

Es evidente que el esfuerzo de los padres que iniciamos Fomento vino a satisfacer, en parte, una imperiosa necesidad social general. Pero no fue ese el único objetivo que perseguíamos.

Hoy, cuando —por razones que no son del caso ahora y que resultaría largo enumerar— sobran puestos escolares y tantos centros están semivacíos, el empeño fundacional de Fomento conserva su original frescura: si nuestros colegios no existieran habría que crearlos, habría que ponerlos en pie, a pesar de las dificultades del momento presente.

Dificultades que, por otra parte, nunca han faltado. Somos conscientes que se trata de un empeño arriesgado, valeroso, sacrificado, pero lleno de satisfacciones.

En uso de nuestro derecho de ciudadanos en una sociedad libre y plural, hemos querido desarrollar unos colegios en los que nuestros hijos recibiesen una educación personalizada, acorde con nuestras convicciones religiosas y morales; abierta al sentido trascendente de la existencia humana.

Unos centros docentes donde nuestros hijos se eduquen en y para la libertad, como hombres, como cristianos, como ciudadanos, en un proceso educativo en el que los padres somos protagonistas, con una relación asidua y profunda de la familia con el colegio, que es la clave para asegurar la calidad de esa educación.

Unos colegios donde se formen hombres y mujeres cabales. Unos colegios donde se aprendiese a pensar y se aprendiese a vivir. Donde se ayude a cada alumno a ser capaz de realizar un proyecto personal adoptando decisiones libres y responsables, con un criterio propio y objetivo.

Todo esto y mucho más queríamos para nuestros hijos y pienso que lo hemos conseguido...

Cuando, en los comienzos y ahora, los padres *arriman el hombro* para trabajar en el desarrollo de esta gran empresa educativa, son conscientes de que no sólo están procurando una buena educación para sus hijos; ni siquiera sólo para sus nietos; nuestro esfuerzo por levantar los colegios, por desarrollar Fomento, no se agota en el decurso de los doce o catorce años de escolarización de nuestros hijos.

Una institución educativa supera ampliamente la duración de una generación de padres. Por esta razón, hemos trabajado —estamos trabajando— con el convencimiento de haber plantado árboles de cuya sombra van a disfrutar también los nietos de nuestros nietos, y tantas familias —en algún caso quizás atraídas al principio sólo por el prestigio profesional de los colegios que prestan luego su colaboración entusiasta, hacen suyo nuestro ideario educativo y toman el relevo, con todas sus consecuencias, en el empeño por asegurar el desarrollo y la mejora de Fomento.

No obstante, quien contempla hoy la realidad de los colegios puede preguntarse legítimamente sobre el porqué de esta tarea. ¿Qué fuerza fue capaz de poner a tantos miles de padres de familia frente a su responsabilidad como primeros educadores de sus hijos?

Fomento de Centros de Enseñanza no habría nacido, ni se puede entender, sin el impulso de Monseñor Escrivá de Balaguer. En palabras de don Víctor García Hoz, que estuvo en el mismo origen de Fomento: «El inmenso amor a Dios del fundador del Opus Dei y su profundo conocimiento de los problemas del mundo en que vivía, le llevaron, por el afán de ayudar a las almas, a anticiparse a los acontecimientos: a comienzos de los años sesenta pensó en la necesidad de responsabilizar a los padres de familia en la promoción de colegios para sus hijos. Esta iniciativa, suscitada y alentada por Monseñor Escrivá de Balaguer, resultó altamente sugestiva también para muchas personas que no eran miembros del Opus Dei: después de los estudios técnicos necesarios comenzó a desarrollarse y surgieron los primeros colegios promovidos libre-

mente por los padres de los alumnos, con la ayuda de profesionales de la educación que compartían los grandes ideales del proyecto.»

Miles de padres de familia han sido capaces, con ese impulso, de hacer frente a sus propias responsabilidades de educadores de sus hijos, y se han decidido a complicarse la vida y emplear una parte significativa de su patrimonio para desarrollar —con libertad y bajo su exclusiva responsabilidad, sin comprometer más que a ellos mismos— una gran aventura educativa.

Por amor a la libertad hemos deseado para Fomento, desde el principio, un carácter civil, secular; y hemos establecido los correspondientes instrumentos, de acuerdo con la legislación del Estado. Desde luego, como consecuencia de nuestra libertad como ciudadanos de establecer para nuestros colegios el modelo educativo más acorde con nuestras convicciones personales, en Fomento se tiene en cuenta la dimensión trascendente de la existencia humana y se ofrece a cuantos desean los medios oportunos para una formación cristiana seria, profunda. Pero ese tipo de educación lo hemos hecho realidad bajo nuestra personal responsabilidad, sin comprometer para nada a la Iglesia, aunque hemos procurado siempre hacer propias las orientaciones de su Jerarquía, a la que veneramos.

He querido recordar una vez más esta realidad, que explica el origen de Fomento, movido no sólo por gratitud que todos mantenemos viva en nuestros corazones, sino por un deber de estricta justicia.

Me referí antes a un *tipo de educación*, a un proyecto educativo de Fomento. Todos conocemos bien los principios básicos que sintetizan nuestro ideario; principios básicos que vienen a ser el resumen de lo que es permanente en Fomento, aunque las manifestaciones circunstanciales de este empeño sostenido sean diversísimas y vengan a enriquecer la experiencia educativa de los colegios, como consecuencia de la libertad y espontaneidad del trabajo profesional de los profesores, de los que están al frente de nuestra institución en cada época y de los padres que impulsan el desarrollo de Fomento.

Quisiera destacar algunos de estos principios, que en las circunstancias actuales tienen particular interés.

En primer lugar, resaltaría la ausencia de ánimo de lucro de nuestra sociedad: se ha vivido así desde el primer momento y consta oficialmente en sus estatutos.

Desde el principio hemos sido conscientes del esfuerzo económico que supone la educación de nuestros hijos, y nos hemos prestado gustosos —a veces a costa de notables sacrificios— a realizar esa *inversión*, quizá la más trascendental de cuantas podamos desarrollar en nuestras vidas.

Sin embargo, como ciudadanos que cumplimos nuestras obligaciones cívicas, siempre exigiremos las subvenciones y ayudas estatales a las que tengamos derecho, pero sin que esa ayuda signifique renunciar nunca a nuestra identidad, al proyecto educativo que es la vida de estos colegios.

Y esta exigencia nuestra es tanto más justa cuando, desde el principio, hemos procurado a través de las Comisiones de Extensión Social de los colegios que ningún padre que desee sinceramente para sus hijos la educación que ofrecemos se quede sin pla-

za en el colegio por razones económicas.

Pensamos que es de justicia resaltar este esfuerzo —una auténtica redistribución de la renta— para que los centros de Fomento no quedasen reservados a personas de una determinada posición social o económica.

La situación económica general, muy difícil y que afecta a tantas familias, es algo que ha de urgirnos a seguir buscando, a arbitrar nuevas soluciones; nuevos planteamientos.

Fomento es un organismo vivo. Pero en nuestro *argot* podríamos decir que en estos veinte años se ha superado COU y estamos en segundo de carrera.

Un objetivo, sin embargo, aparece como muy urgente en estos momentos: poner de nuestra parte todos los medios para conseguir que los colegios estén completos, que no queden plazas libres. Tanto por asegurar que se puedan beneficiar de la formación del colegio el mayor número posible de familias, como por las serias consecuencias económicas de la falta de ocupación de las plazas disponibles.

Y este objetivo nos corresponde a todos, también a los padres vetera-

nos, a los que formásteis los grupos promotores de los colegios. ¿Os acordáis de aquellas conversaciones en las que, sin realidad alguna en la que apoyarse, sólo con sueños, una gran confianza en Dios, hablábais a otros padres para hacerles ver que ibais a realizar el mejor colegio de vuestra ciudad, en el que se educarían los hijos en libertad?

Ahora nos corresponde a todos una tarea similar, pero más fácil: ahí están los colegios, su prestigio, como una gozosa realidad que podemos mostrar a los nuevos padres.

Otro aspecto que desearíamos destacar aquí es *la unidad* con la que hemos actuado siempre —unidad de intenciones y de esfuerzos— cuantos formamos esta institución educativa: los padres, los directivos, los profesores, el personal no docente y los propios alumnos.

Nada más ajeno a la naturaleza de los colegios que los planteamientos en los que subyace la *lucha de clases*, el enfrentamiento de intereses y estamentos diferentes.

Por el contrario, todas las actividades de Fomento están presididas por

el espíritu de colaboración y solidaridad, de unidad de fines.

Todos los padres de los alumnos, representados aquí por las Asociaciones de Padres de los colegios, mantienen el decidido propósito de fortalecer esta unidad.

Este decidido propósito de fortalecer la unidad es consecuencia de la participación de los padres, que no es una *estrategia* en Fomento. Nunca han sido, y nunca serán los padres una comparsa: en el origen mismo de nuestra sociedad, en su desarrollo y en su futuro están los padres como lo permanente. En Fomento no se ha entendido la participación como una técnica más o menos novedosa, sino como la actitud permanente de quien sabe que algo forma parte de su propio patrimonio, y pone los medios para conservarlo y acrecentarlo con el mayor esmero posible.

No es casualidad, por ejemplo, que cuando la Ley General de Educación, en 1970, sugirió la figura de las Asociaciones de Padres, Fomento las hubiese constituido cinco años antes, desde su fundación.

¿Quieren ustedes que diga más...?

Las formas de participación que luego han ido apareciendo en el horizonte social y legal de nuestro país, estaban establecidas en nuestros colegios veinte años antes

Sin jactancia, exponiendo la realidad de nuestros centros, podemos afirmar que nadie puede darnos lecciones sobre la participación.

Cuando en la mayoría de los colegios los padres sólo iban a pagar las cuotas o recoger las notas, nosotros ya contábamos con un padre en el Comité Directivo, representando el punto de vista familiar —con voz y voto— en todas las decisiones del Comité de cada colegio.

Cuando nadie mostraba un solo dato económico, teníamos ya dos padres de la Comisión Financiera, responsables con el Director y Administrador de la elaboración del presupuesto y de vigilar su gestión.

Cuando nadie hablaba de «bases» habíamos establecido los matrimonios coordinadores, encargados de curso, etcétera.

Participamos para construir, para potenciar, para mejorar... por una razón muy sencilla y muy natural: porque los que reciben el resultado de nuestro quehacer son nada más, y nada menos, que nuestros hijos

Ellos también han participado desde siempre. Nuestros alumnos eligen de entre sus compañeros a los que forman el Consejo de Curso, y en todas las actividades del centro aprenden a convivir, a comprender, a respetar la opinión de los demás, a servir a todos.

Estamos en una asamblea de padres, pero permítanme que me refiera a los profesores: son ellos la columna vertebral de nuestros colegios; en sus manos hemos puesto lo más querido que tenemos y han sabido comprender, asumir y respetar el compromiso que un día adquirieron de trabajar libremente, con lealtad, de acuerdo con el tipo de educación de Fomento, que permite una coherencia educativa entre la familia y el colegio.

También entre los profesores se ha vivido desde el principio el trabajo en equipo, la participación en proyectos



comunes de investigación educativa, las reuniones de los equipos técnicos de curso o nivel, etcétera, que hacen que toda su labor esté coordinada, armonizada por la participación activa y ordenada de todos en la tarea común.

Vemos el colegio como un ámbito de convivencia y de trabajo, donde padres, directivos, profesores y alumnos se apoyan mutuamente para mejorar cada día la tarea común

Pues todos ellos están ligados por un compromiso mutuo de lealtad.

Por eso no son motivo de preocupación, al contrario, las nuevas formas de participación de los padres, diseñadas por la legislación reciente: superamos esas exigencias legales desde hace veinte años.

A los padres de esta hora nos ha «caído en suerte» este reto apasionante: transmitir la grandeza de la tarea en la que estamos embarcados. Por favor, no empequeñezcamos nuestros afanes. Vamos a hacer algo más que levantar edificios o amueblar aulas; algo de mucha mayor envergadura. Por favor, levantad la mirada y ved a las generaciones futuras. No nos entretengamos comentando anécdotas

más o menos temporales, hay que configurar la historia, y para ello es necesario pensar no en lo que Fomento puede hacer por nosotros, sino en lo que todos juntos podemos hacer, porque eso es Fomento.

Nadie puede dar lo que no tiene. Si queremos conseguir que nuestros alumnos sean hombres y mujeres cabales, capaces de mantener sus convicciones morales y personales en cualquier situación, por hostil que pueda parecer, es necesario que vayamos por delante—padres y profesores unidos— para hacerles ver con nuestro ejemplo que vale la pena empeñarse en vivir una vida humana: una vida que tiene en cuenta que el hombre es materia y espíritu a un tiempo y está dotado de razón para reconducir sus instintos por el camino recto, con la ayuda de Dios.

Sólo así estaremos en condiciones de contrarrestar el ambiente exterior con nuestro propio ambiente, de llevar los valores del espíritu a las actividades de todos los hombres.

Estamos dando fin a estas consideraciones, pero antes de terminar me gustaría dedicar unas palabras a las madres. En todo momento os he tenido presente, pero ahora desearía poner un acento especial. Nada de esto se ha hecho sin vosotras y nada se

hará sin vuestra cooperación. Sin caer en maximalismos fáciles pienso que las mujeres tenéis en vuestras manos el porvenir de la humanidad. He visto en estos años vuestra audacia y tenacidad, vuestra agudeza de ingenio, el amor por lo concreto y vuestra generosidad. Sois la médula de la familia y, como consecuencia, el centro de todo este proyecto, su fuerza arrolladora. Todos confiamos en vosotras.

Este acto inaugural supone la iniciación de los trabajos de los señores asambleístas.

Sólo debe preocuparnos que Fomento siga siendo un empeño de padres de familia

Como en su origen, y como siempre, somos conscientes que tendremos que soportar sacrificios que en muchas ocasiones no nos han parecido grandes por el gozo que suponía ver la trascendencia de la labor realizada. Nada se hace realidad sin esfuerzo, que siempre estará bien empleado cuando se trata de hacer llegar a la sociedad de la que formamos parte un viento de libertad y una leva de hombres y mujeres que luchen por una existencia más noble, más limpia, más ilusionada y más alegre.

SEMBLANZA DE UN PRESIDENTE

En la Presidencia de los actos de apertura y clausura de la XVIII Asamblea—como en ocasiones anteriores—estaba prevista la presencia del Presidente del Consejo de Administración de F.E.I.S.A. Quince días antes nos dejó, pero sentíamos su presencia con un cariño entrañable.

Anteayer, en el Colegio del Prado, tuvimos el funeral por Luis Rodríguez, que celebró D. Pedro de la Herrán.

Había mucha gente. Las primeras filas estaban ocupadas por su familia y los que nos sentíamos más vinculados a Luis. El Oratorio se llenó y fue necesario abrir la ampliación hacia el salón de usos múltiples, para que los asistentes pudiesen estar sentados.

Todos estaban impresionados, especialmente algunos. Era viernes. El lunes por la tarde habíamos tenido una reunión del Consejo de Administración de Feisa y Luis nos había presidido. Desde ese momento los acontecimientos se habían precipitado.

Los que no vivimos en Madrid habíamos vuelto a nuestra ciudad de residencia. El miércoles anunciaron su fallecimiento y entierro, y el viernes, tras otros cuatrocientos kilómetros de volante que me separan de Madrid, estaba a las ocho en punto en el Colegio del Prado. Algunos estaban especialmente afectados.

Conocí a Luis a finales de los años cincuenta, en una reunión en la que él formaba parte del grupo que adquiriría parte de una empresa y yo del que vendía.

Cuando terminamos la reunión, otro del grupo vendedor me decía refiriéndose a Luis: «Me he quedado convencido de que de ése vale la pena ser amigo».

¿Qué había ocurrido en la reunión? Una cosa muy sencilla: que se habían estudiado los argumentos, valorando con la misma objetividad los propios y los de la otra parte; que la objetividad y claridad en la negociación llevó a que los puntos dudosos quedasen para ser valorados por los expertos, con lo que la negociación se redujo, gracias a Luis, a programar la forma de funcionar en el futuro: si íbamos a

trabajar juntos, qué participación se quedaba cada uno, etc. Valor..., el real, el que fijen los expertos.

Después de esa primera entrevista nos vimos muchas veces, pero ya para estudiar juntos los distintos aspectos del tema.

Tuve la suerte de quedar vinculado a la empresa y esto me facilitó ir conociéndole más.

Unos meses después, en uno de mis viajes a Béjar, fui a comer a su casa. Allí me explicó el porqué del carácter de Luis. Gregorio Marañón, en una de sus biografías, hace referencia al «elemento ambiental que más suele influir en la vida de los hombres, incluso en la vida de los políticos: el de su hogar». Y concreta más: «Hay otros hombres que llegan a la madurez en un hogar favorable, en el que se aprende a juzgar a los demás hombres a través de los únicos sentimientos veraces y también a través de los únicos sinsabores profundos, los que por no afectar a la vanidad, sino directamente al alma, noblemente la modelan». Allí conocí a Ju-
lita.

Anteayer, D. Pedro de la Herrán en sus palabras nos recordaba que Luis había sido el primero en aportar fondos para llevar adelante



la puesta en marcha de Fomento. Yo quisiera añadir que envió el dinero sin saber para qué, porque se lo pedía un amigo «para una labor que le gustaría mucho». Se lo pedí sin decirle para qué, pues me temía que si hubiera recibido una carta de un banquero —que es lo que yo era entonces— diciéndole que iba a dejar la banca para dedicarse a crear colegios, podría haberle hecho dudar de mi salud mental.

Cuando conoció el motivo, se volcó más, y aunque no era fácil que sus hijos se beneficiasen de la labor de los colegios, no dudó en colaborar con todo entusiasmo. Las cosas luego cambiaron y alguno de sus hijos, y ahora sus nietos, se educan en esos colegios por los que él trabajó, más que con entusiasmo —que no le faltó— con continuidad, serenidad y eficacia.

Veintidos años trabajando juntos en Fomento han proporcionado muchas ocasiones para conocerle más a fondo.

Cuando me preguntan sobre los primeros años de Fomento, o cómo se nos ocurrió la idea, o cómo se hicieron los primeros colegios, siempre, junto con las anécdotas, sucesos, alegrías y dificultades... hay algo que procuro dejar bien patente, y es que una de las cosas que más me alegro de haber trabajado en Fomento, es que he tenido ocasión de conocer a mucha gente generosa, abnegada, decidida... que he tenido ocasión de trabajar con mucha gente fenomenal. Quiero aprovechar esta ocasión, al hablar de Luis, para referirme también a otros muchos que también han trabajado con más o menos entu-

siasmo (esto es cosa de carácter) pero con continuidad y eficacia.

Pero Luis ha sido uno de estos a los que me refiero cuando considero uno de los mayores beneficios de mi vida el haber tenido ocasión de conocer y trabajar con gente estupenda.

D. Pedro hacía referencia a lo que se ha hecho. Se ha construido mucho, se han creado decenas de colegios, centenares de aulas, gracias al esfuerzo de tantos, hay ahora casi tres decenas de miles de alumnos en los Colegios de Fomento.

Pero eso ha supuesto mucho trabajo. Luis, primero como consejero y, al fallecer aquel excepcional caballero que fue el primer presidente de Feisa, el Marqués de Casa Eurile, le sucedió en la Presidencia y ha trabajado... iba a decir mucho, pero creo que no es la palabra exacta. Ha estado siempre en su sitio dispuesto a resolver cualquier problema si se consideraba oportuno.

Esa facilidad de ver las cosas con objetividad a que me refería al principio, le hacían especialmente eficaz en las negociaciones o en situaciones conflictivas, y para esas ocasiones estaba siempre dispuesto. Cuando había un problema, empezaba por reducirlo a sus dimensiones reales y luego a buscar la solución, sin perder el tiempo en porqué o cómo se habría producido el problema. Lo verdaderamente importante era resolverlo, y para esto era preciso estudiarlo, buscar la solución y negociarlo.

Y esto, hecho como el que no hace más que lo que tiene que ha-

cer. Y si al final se le ocurría a alguien darle las gracias, se quedaba sorprendido. «¿De qué?». Estaba contento y pensando en lo formidable que es la gente que siempre acepta soluciones razonables.

Decía que anteayer algunos estábamos especialmente impresionados. ¿Comprendéis por qué?

En mis viajes por América, una cosa que he podido comprobar es que o los mejicanos son muy delicados o los españoles muy duros. En alguna ocasión he visto preguntar a un mejicano al oír hablar a un español: ¿Por qué está enfadado? Y he tenido que aclararle que no está enfadado, es que hablamos así.

Pues esa delicadeza que tienen los mejicanos se manifiesta en muchos detalles, uno de ellos es que para evitar la violencia de la «separación» en las despedidas, suelen decir: ¡Nos vemos! Parece como un deseo de volver a encontrarse, y evitar el aspecto negativo de la despedida.

Anteayer nos encontrábamos en el Colegio del Prado. En los primeros bancos estaba la familia de Luis y los que nos sentíamos más vinculados a ella. Una de las hijas me invitó a pasar a la primera fila —reservada a la familia—, lo agradecí, pero me pareció lógico quedar en la segunda fila donde están otros que tenían los mismos motivos que yo para estar especialmente impresionados.

En el oratorio del Colegio del Prado. Me quedé pensando en Luis, con ganas de decirle, como en Méjico: «¡Nos vemos!».

Vicente Picó

— Memoria del curso 84/85 —

Al iniciar la lectura de esta Memoria que recoge las actividades de todas nuestras Asociaciones de Padres y Amigos durante el curso último, en el ánimo de todos persiste el eco de la última de nuestras Asambleas anuales, la XVII, celebrada en Sevilla los días 26 y 27 de octubre de 1984.

Por eso es de justicia señalar aquí la magnífica organización de las APA de Entreolivos y Tabladilla, el cariño que en todo momento aplicaron tanto los padres de alumnos, como los profesores y alumnos y que quizá tuvo su expresión más concreta en el alegre grupo de azafatas que supieron dar una nota de eficacia y alegría.

Junto a las jornadas de trabajo en los temas de las Ponencias:

I. Proyecto Educativo de Fomento: La Colaboración de los padres.

II. Participación de antiguos alumnos en el proyecto educativo.

III. La Educación hoy. Situación actual y perspectivas de futuro. Las magníficas conferencias "La alegría en el horizonte de la educación" dictada por el Excmo. Sr. D. Víctor García Hoz y "El encuentro de las generaciones" por D. Alfonso Pérez Moreno.

La revista TERTULIA en su número 55 publicó una amplia reseña del desarrollo de la XVII Asamblea Anual y ORIENTACION DE PADRES nº 13, recogió el texto completo de los actos inaugural y de clausura, las conferencias y las conclusiones, aquellos otros actos de convivencia de los casi 500 asambleístas, como aquella reunión final en la que, con fondo de sevillanas, se estrechaban con hondura los lazos de amistad de padres venidos de muy diversas partes de España, pero

con una coincidencia de criterios educativos fundamentales.

Sean, por tanto, estos primeros párrafos de la Memoria, de expresión de agradecimiento por el ambiente de extraordinaria cordialidad brindado por los colegios sevillanos.

Entre las conclusiones que se aprobaron en esa última Asamblea —y que sirven de faro para la singladura del curso— queremos destacar por su plasmación en una gran realidad en el curso que termina, la siguiente: «Es conveniente que las APA establezcan planes comunes de actuación. Es fundamental la unión de las APA con los Comités Directivos de los Colegios y la permanente intercomunicación de todas las APA a través de la Secretaría Permanente.

Como ciudadanos hemos de promover todas las acciones legales, sean individuales o colectivas, apoyando todos los movimientos nacionales e internacionales que actúen en defensa de la libertad de enseñanza.

Solicitamos que la Secretaría Permanente coordine estas acciones».

En virtud de estas conclusiones a la Ponencia III de la Asamblea última, se iniciaron las gestiones necesarias y se constituyó el 20 de abril del presente año la FEDERACION DE ASOCIACIONES DE PADRES Y AMIGOS DE CENTROS EDUCATIVOS, en la que se integraron como asociaciones fundadoras las APA de nuestros colegios y de la Escuela Universitaria.

Inmediatamente esta Federación se integró en la EPA —European Parent's Association— organización de padres de alumnos con el patrocinio del Parlamento Europeo y, el Secretario Técnico de nuestra Federación, obtuvo también la vicepresidencia del Comité Español de EPA. También se gestionó la inclusión en la Unión Internacional de Organismos Familiares, en la que ya Fomento de Centros de Enseñanza estaba adherido y de cuyo Comité Español era ya Vicepresidente el Director de la Secretaría Permanente, D. Mariano Villalón, trasladándose esta

